

CLUB DEL MISTERIO

D A Y K E E N E



LA MUJER QUE  
BAJO DEL TREN

—24—



La caravana de autos, cabinas y camiones que constituía el Parque de Diversiones de Ed Ferron entró en Bay Bayou una madrugada brumosa.

Ed Ferron no quería más que hacer buenos negocios y ganar mucho dinero; ya estaba harto de aventuras, de mujeres, de enredos.

Pero poco podía imaginar que el solo hecho de ir a la estación a retirar una carga habría de complicar su vida, justamente con los elementos que temía.

La rubia que bajó del tren era cancionista, aunque tenía una figura de bailarina, pero no era eso lo peor que de ella se sospechaba en esa aldea, llena de habladurías pequeñas, pequeños rencores y ambiciones pequeñas. Cuando la caravana –con una nueva pasajera– partió de Bay Bayou en un mediodía radiante, los cadáveres y un mundo de valores derrumbado habían señalado su paso por el pueblo.

# Orden de aparición *de los personajes*

ED FERRON, un calesitero agrandado.

BELLA, su ex mujer (no se la ve, pero se la siente).

HANNAH MERRY, una curvacea y ambiciosa empleada de Correos.

MARVA MILLER, bonita, cancionista, peligrosa.

CORONEL MILLER, su tío (no tiene un gran papel).

KELSEN, su problema es que le gustan las mujeres fáciles.

HI THAYER, un ayudante de *sheriff* que aspira a serlo.

JIM OPPENHEIM, un niño bien de aldea.

FILLMORE, el *sheriff*, por el momento.

BEMIS, un granjero con poco sentido del humor.

Sr. BAYNARD, un alma caritativa.

BILL YARNELL, un periodista (escribe, pero no habla).

## Capítulo 1

Desde donde él estaba parado, frente al camión oficina, Bay Bayou le parecía a Ferron un mal negocio.

Ya hacía más de tres horas que habían instalado la feria, pero no había más que un puñado de pueblerinos en las instalaciones, y los pocos que allí andaban no derrochaban su dinero. Los charlatanes estaban callados, sin ánimo, en sus plataformas. Los vistosos cartelones de las concesiones laterales colgaban sin vida en medio de aquel calor. Ninguno de ellos trabajaba. El único sonido que se oía en todo el parque era el crujido casi eterno de la rueda gigante y el estruendo de los discos que pasaban en la calesita.

Ferron era un hombre corpulento de poco más de 30 años. Se pasó la mano por la cicatriz que le cruzaba la nariz y se encaminó por la avenida de la feria a su automóvil. *Madame* Zara y Baby Ida estaban sentadas a la sombra que proyectaba la carpa de la adivinadora.

—¿Qué te parece, Ed? —preguntó Zara.

—Nada bueno —admitió Ferron.

Levantó la vista y miró el cuarto de milla de carretera que unía el parque de diversiones con el distrito comercial de Bay Bayou. Bay Bayou era al mismo tiempo un puerto fluvial y una cabecera ferroviaria. Para estar tan metido en el sur, su distrito comercial era próspero y moderno. La tierra que lo rodeaba era fértil. De allí salían una molienda de tabaco y una desmotadora de algodón. Sobre el río, había dos muelles de carga y un aserradero. Exceptuando el calor excesivo, no había ninguna razón lógica para que

aquella ciudad fluvial no fuese una buena parada en el itinerario de la feria.

—Quizá sea el calor. Posiblemente mejoren las cosas esta noche —dijo Ferron.

—¿Van a pagar hoy? —preguntó Ida.

Ferron tocó el fino rollo de billetes que tenía en el bolsillo.

—No lo sé. Depende de cómo nos vaya.

Nunca había pensado que en el delta del Mississippi haría tanto calor. Nunca había pensado que en ninguna parte pudiese hacer tanto calor. Las gotas de transpiración le corrían por la espalda y por el pecho hasta el vientre.

—Te estás echando a perder, Ed. Solías ser un gerente bastante perspicaz, pero desde que volviste —la mujer gorda lo dijo con delicadeza— de donde estabas, has perdido la mano. Debieras venderle el parque a Doc, casarte con alguna buena chica y establecerte en una aldea para criar niños y pollos o algo así.

—¿Después de Della?

Baby Ida se impacientó.

—Muy bien, digamos que te casaste con una mujer que era demasiado apasionada. Pero eso no quita que puedas encontrar alguna buena muchacha.

—¡Ja! —dijo Ferron, y siguió su camino.

En los tacos de los zapatos se le formaron espuelas de polvo. El calor, el silencio y la falta de gente seguían molestandolo. Después de la tormenta que los había sorprendido en Shelby y de la lluvia que les había salido al encuentro en Point Verde, tenía que irles bien en Bay Bayou. Porque si no, el Cotton Exchange Bank de Baton Rouge se haría cargo del parque.

A la sombra de la carpa que alojaba las mujeres, la rubiecita equilibrista que había ingresado en Point Verde aprovechaba la falta de actividad para hacerse la *toilette* en un balde. Se había desvestido y usaba sólo un tutú y un chal sobre los hombros, con lo que revelaba la parte supe-

rior de su anatomía cada vez que se agachaba sobre el balde. Era joven y tenía un lindo cuerpo. Decididamente la anatomía femenina no había cambiado gran cosa en los tres años que había pasado a la sombra.

El sudor le nubló la vista a Ferron. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Usted llevaba una pistola? —había preguntado el juez.

—Sí, señor.

—¿Y con ella mató al hombre que estaba con su esposa?

—Sí, señor.

—¿Cuántas veces disparó?

—Me dijeron que seis.

—¿Usted no se acuerda?

—No, señor.

—¿Este era el único amante de su esposa?

—No, señor.

—¿Ella le había sido infiel con otros hombres?

—Así me dijeron después que yo maté a Duke.

—¿Y usted lo sabía entonces?

—No, señor.

Y así, después de un diálogo como aquél, el hombre había dicho: «tres años»; y tres años había hecho de trabajos forzados aserrando bosques, cavando zanjas, construyendo caminos mientras Della, fresca y cómoda en un hotel con aire acondicionado, había seguido ocupándose de su pasatiempo favorito.

La equilibrista lo vio cuando la estaba mirando, y dejó de lavarse. Se arregló el pelo. Si se daba cuenta de que el chal dejaba ver demasiado, no lo demostró. Su sonrisa fue amistosa.

—Hola, señor Ferron.

—Hola —dijo Ferron y siguió hacia su automóvil.

A ambos lados de la larga calle que contenía el distrito comercial de Bay Bayou estaban alineadas filas de auto-

móviles y rurales. Pocos de los coches eran viejos. Las veredas estaban llenas de mujeres con coloridos vestidos de algodón y hombres con pantalones de color claro y camisas *sport* de manga corta. Unos pocos vestían *overall*. Los numerosos negocios y los dos cines parecían estar muy concurridos.

La falta de gente en su parque de diversiones intrigó a Ferron.

La oficina de correos estaba a mitad de cuadra. Ferron estacionó su automóvil y atravesó la vereda llena de gente. Dentro de la sala, un enorme ventilador oscilante hacía volar los cartelitos de «Buscado», pegados a un pizarrón junto a las hileras de casillas. Una bonita pelirroja de aire capaz estaba detrás de la reja de metal con el letrero «Estampillas».

—Ah, usted es el del parque de diversiones —sonrió—. Lo estaba esperando.

Ferron se echó hacia atrás el sombrero y se apoyó en el mostrador.

—¿Cómo supo que yo era del parque de diversiones?

La muchacha se rió.

—Es muy fácil. Para empezar, todos ustedes tienen un aire de familia. Además, hay muy pocos hombres en Bay Bayou que usen trajes de 200 dólares y sombrero panamá de 50.

Ferron se rió con ella.

—Es inteligente usted.

Ella empezó a arrastrar las vocales.

—Muchas gracias. —Y preguntó—: ¿Qué tal los negocios?

—Mal.

—También eso lo esperaba —dijo la muchacha.

Ferron la miró por la reja cuando se dirigía a las casillas. Su pollera de faya negra y sus medias de fina malla de nylon estaban tan rellenas como su blusa blanca. Se preguntó qué es lo que estaba haciendo una muchacha con

esa cara y ese cuerpo trabajando en una oficina de correos de una aldea sureña.

El paquete de sobres dirigidos a Ed Ferron era demasiado grande como para poder pasar por la abertura. Entonces la muchacha levantó la reja.

—Oiga, nena —le preguntó Ferron—, ¿qué quiso decir con eso?

—¿Con qué?

—Dijo que esperaba que me fuera mal.

—¿Usted es el señor Ferron? ¿El dueño del parque?

—Sí.

—¿A qué hora entraron sus camiones a la ciudad?

—A eso de las 4 de la mañana.

—¿Entonces usted no leyó el diario de ayer?

—No.

La mano de Ferron estaba sobre el atado de cartas. La pelirroja puso su mano sobre la de él. Tenía los dedos fríos.

—Si yo fuera usted, señor Ferron, me buscaría un ejemplar y lo leería. Y otra cosa, estrictamente entre los dos: yo que usted andaría con mucho cuidado por Bay Bayou.

Ferron invirtió la posición de sus manos.

—¿Por qué me lo dice?

—Porque fuera de desarmar el parque e irse, es lo mejor que puede hacer.

Sin dejar de sonreír, la muchacha deslizó su mano de abajo de la de Ferron y volvió a la mesa.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Ferron.

—Hannah. Hannah Merry.

Ferron se quedó admirando la rotundidad de sus caderas y preguntándose qué tal sería hacerlo con ella. Llegó a la conclusión de que sería agradable.

¿O no?

Al final de cuentas, era una mujer más. La semisonrisa de Ferron se desvaneció. Lo mismo había sentido por Della. Nosotros, tú y yo, los dos, por siempre jamás, había



prometido. Y luego se había trepado a la cama con cuanto buen mozo se le había cruzado por el camino.

—¿Me aclararía mejor ese concepto, Hannah? —preguntó Ferron—. Ese de andarme con cuidado.

—No —dijo Hannah.

Ferron tomó su correspondencia. Después de la relativa frescura del correo, el sol resultaba más insoportable. El resplandor le lastimaba los ojos. El pavimento desprendía vaharadas de calor. Se sentía el olor de goma caliente y metal caliente y maíz tostado, y por sobre todas las cosas, el aroma agrisado de las toscas del río.

El grupo habitual de admiradores se había reunido alrededor del Jaguar.

—Lindo coche, *mister* —dijo uno.

Ferron arrojó el paquete de sobres en el asiento.

—Sí, lindo coche.

—Usted es del parque de diversiones, ¿no es cierto?

—Así es. Soy el dueño del parque —Ferron señaló las letras doradas de la portezuela—. Ese soy yo: Ed Ferron.

Ninguno dijo que se alegraba de conocerlo. Ninguno de los hombres se presentó. Uno preguntó:

—¿Qué velocidad da?

Ferron sacó los cigarrillos y ofreció el paquete antes de encender uno.

—Da 190 por hora, pero creo que con pocas modificaciones daría bastante más.

Un granjero de cierta edad se sacó la pipa de la boca.

—¿Cuánto dijo que daba?

—Ciento noventa kilómetros por hora.

El viejo meneó la cabeza.

—Sí. Es lo que me había parecido oír.

Ferron miró el círculo de rostros curtidos. Había pagado 50 dólares por día por seis días adelantados para que le permitieran trabajar en Bay Bayou. Él podía andarse con cuidado si era necesario, pero no iba a desmontar la feria. Bay Bayou tenía que darle dinero. Tenía que sacar los gas-

tos y un mínimo de 1000 dólares para el banco. Si les mandaba 1000 dólares esta vez, podría conseguirse una prórroga de treinta días. Y en treinta días podían pasar muchas cosas.

—Oigan, amigos —dijo a los hombres reunidos alrededor del auto—. ¿Por qué no me contesta alguno de ustedes? ¿Bay Bayou les tiene alergia a los parques de diversiones? ¿O alguna feria improvisada pasó por aquí y se alzó con toda la plata? Yo tengo buenas atracciones, muchachas bonitas, un buen espectáculo, juegos, diversiones. La mayoría de las ciudades del delta nos han tratado bien. Pero desde que llegamos aquí, no hemos ganado ni para comprar cerveza. Tengo curiosidad. ¿Qué es lo que pasa? ¿Quién me ha puesto la proa?

Los hombres que rodeaban el automóvil se miraron unos a otros, y luego se alejaron sin hacer comentarios. La única respuesta a las preguntas de Ferron fue el silbido distante, casi furtivo, de un tren.

Ferron se sentó y tomó el volante de su Jaguar sintiéndose muy incómodo. Desde donde estaba podía ver tres cervecerías y dos bares. Todos estaban trabajando. La música se derramaba por la calle. Ninguno de los que él veía parecía un mendigo ni un avaro. Era evidente que Bay Bayou no era una ciudad demasiado puritana. Sin embargo, todos cerraban la boca apenas se mencionaba el parque de diversiones. Hannah le había advertido que se anduviera con cuidado, y le había dicho que lo mejor que podía hacer era desarmar la feria.

¿Por qué?

Si desarmaba la feria, la perdía. Tenía que reunir 1000 dólares en aquella semana y otros 16 000 más en los próximos treinta días.

El sol de la siesta le hacía doler la cabeza. El cuero caldeado filtraba su calor por la fina tela de sus pantalones. Se inclinó para conectar la llave y en aquel momento vio el

papelito pegado a la barra de dirección. Lo único que le faltaba ahora era una contravención.

Ferron arrancó el papel. Y leyó:

*Bay Bayou es una ciudad cordial. Le da la bienvenida y espera que su estada aquí sea dichosa. Todos queremos que se sienta usted como en su casa, pero, sin saberlo, usted ha violado una de nuestras disposiciones de tránsito estacionando con exceso en una zona de quince minutos. Para ahorrarle el tener que presentarse ante el tribunal y pagar la multa, el agente de tránsito ha echado una moneda en la ranura. Por favor, entregue este papel y una moneda al primer policía que encuentre.*

Ferron se dio vuelta y miró al taxímetro de estacionamiento en la vereda. Ni siquiera lo había visto. Una gota de sudor le zigzagueó por la cicatriz, se deslizó por su nariz y fue a caer sobre el papel.

Bay Bayou era una ciudad cordial. Le daba la bienvenida. Quería que se sintiera como en su casa. A Ferron le dieron ganas de reír y no pudo. Tenía la garganta seca.

## Capítulo 2

Bay Bayou seguía siendo básicamente una ciudad fluvial. Cuando había sido joven, los viejos paquetes del Mississippi que iban desde New Orleans hasta Saint Louis habían manejado todo su tráfico comercial y de pasajeros. El ferrocarril vino mucho después. Y eso se notaba. La estación estaba a dos millas del pueblo. El depósito y los talleres que hacían de esto una cabecera seccional estaban todavía una milla más alejados.

Mientras corría por el camino que bordeaba el río, Ferron admiraba los jardines bien cuidados y las casitas pintadas de rosa. Los ricos vivían en una especie de colina boscosa que se alzaba detrás del barrio comercial, pero él se hubiese conformado con tener una casa así. Había matas de todas las plantas tropicales y subtropicales imaginables. A medida que se iban ensanchando los espacios entre casa y casa, empezaban a aparecer las huertas y los gallineros detrás de la mayoría de los edificios.

Ferron dejó caer su cigarrillo y lo apagó. Quizá Baby Ida tuviese algo de razón cuando decía que él se estaba descuidando. Casi podía oírla: «Tendrías que venderle todo a Doc y casarte con una buena chica y establecerte en una aldea»... La sola idea divirtió a Ferron. Entre él y las aldeas no había nada en común. No eran más que la carne de la que se alimentaba. Toda su vida había sido color y movimiento. Había nacido en un parque de diversiones. Había vendido globos y recuerdos apenas tuvo el talento suficiente como para dar el cambio de menos a un aldeano. Había «charlado» con un millón de personas. Ha-

bía peleado con un millar de tarados en veinte *rings* del país. Exceptuando el servicio militar y los tres años que había pasado en los trabajos forzados, siempre había estado trabajando en un parque o viviendo en los cuarteles de invierno con gente de su profesión.

Eso de vivir en un pueblo chico estaba bien para esos marmotas. Él estaba en baja, sí, pero no había descendido tanto. A la semana ya estaría harto. Y después estaba ese asunto de la «buena chica». Las chicas de las aldeas no se diferenciaban en nada de las que un hombre podía conocer en un parque de diversiones. Todas abultaban en los mismos lugares, todas tenían las mismas flaquezas.

La estación estaba edificada con ladrillos rojos y tenía una larga plataforma del mismo material. Del lado del río, tres andenes viejos conducían a unos muelles de carga y descarga.

Ferron estacionó a la sombra de un manzano y encendió otro cigarrillo. Esperó que su mercadería estuviese al borde del tren. Siempre pasaba algo. Entre la tormenta de Shelby y la lluvia de Point Verde, no había quedado en el parque suficiente chafalonía en buen estado como para tentar a los participantes en los juegos. Se quedó fumando debajo del árbol, hasta que de pronto se dio cuenta de que el tren ya había venido y ya se había ido. Un perro flaco con las costillas marcadas olisqueaba con curiosidad la saca de correspondencia. Dos hombres que parecían viajeros de comercio y un rubia estaban parados en la plataforma.

Cuando Ferron se encaminaba hacia allí, uno de los hombres le dijo algo a la chica. Ella sonrió y negó con la cabeza. Los hombres alzaron sus valijas y se dirigieron hacia el único taxi que esperaba en la estación. La muchacha miró al taxi, luego al camino, pasando su peso de un pie al otro cuando los ladrillos caldeados de la plataforma hacían penetrar su calor por la fina suela de sus zapatos. El

perro dejó de olisquear la saca y ahora eligió los tobillos de la muchacha.

–Vete, perrito –dijo ella–. ¡Fuera!

Ferron caminó debajo del techo arqueado que unía la estación con depósito de equipajes. En el extremo de la plataforma estaba un gordo que llevaba una camisa azul traspirada y que miraba intrigado un baúl consignado al parque de diversiones de Ed Ferron.

Aquel envío era mayor de lo que Ed había pensado. Lo único que podía hacer era pagar el flete y luego mandar alguno de los muchachos con el camión. Entró al depósito de equipajes para esperar al gordo. Sobre el mostrador que ostentaba algún rasguño, murmuraba un viejo ventilador, pero fuera de ronronear no hacía nada para aliviar el calor.

Ferron miró por la ventana abierta. Se preguntó quién sería aquella rubia. A juzgar por la manera de vestir, si era de Bay Bayou debía ser la esposa o la hija de uno de los grandes nababs del pueblo. Sus ojos eran azules y profundos. Ella y la pelirroja del correo podían ser mellizas en lo que al cuerpo se refería.

Una cosa era segura: ella había esperado que la viniesen a buscar, y el calor no contribuía a mejorar su humor. Constantemente pasaba su peso de un pie al otro sin quitar los ojos del camino. Su trajecito verde estaba empezando a evidenciar manchas oscuras en los sitios en que jamás traspira una dama.

Hubo un rumor de ruedas de metal sobre ladrillo cuando el encargado del equipaje pasó empujando su carrito cargado por la plataforma. Pasó al lado de la muchacha de verde, luego viró en redondo y frenó el carrito con su cuerpo.

–Eh, ¿usted no es Marva Miller?

–Sí, soy yo.

A Ferron le gustó su voz. Era baja y profunda, y sin embargo totalmente femenina. Ferron la miró desde la cara

hasta las manos. Quienquiera que fuese, tenía dinero.

Él podría pagar toda su deuda al banco con los diamantes que ella llevaba en los dedos de una sola mano.

El gordo se puso tan contento que escupió el palillo que estaba mordisqueando.

—¡Bueno, quién lo iba a decir! —Era una afirmación, no una pregunta.

La muchacha volvió a mirar al camino.

—¿No vino hoy el coronel Miller?

—¿Usted se refiere a ese borrachín de pelo blanco que vive en el *bayou*?

—Sí, ésa sería una descripción parcial.

—No —dijo el gordo—. No lo vi. —Pero no se podía sacar la otra idea de la cabeza—. ¿Así que usted es Marva Miller?

La Miller alzó sus valijas, las dos del mismo color, y se dirigió a la sombra del alero justo al lado del depósito de equipajes.

—¿Qué tiene de raro que yo sea Marva Miller?

El gordo dejó su carrito al sol y la siguió.

—Nada. Absolutamente nada. —Se secó la cara con un pañuelo gris—. Es sólo que me alegro mucho de conocerla. Y ya que no la vinieron a buscar —se las ingenió para hacer que su ofrecimiento fuese sugestivo—, si espera hasta que yo cierre la oficina, con mucho gusto la voy a llevar adonde vaya. Tengo el coche allá afuera.

—No, gracias —dijo la chica. Sacó un paquete de cigarrillos de su bolso y encendió uno—. Si no le molesta, voy a llamar por teléfono para pedir un taxi.

El gordo insistió.

—No veo para qué. Yo soy bueno aquí y no la conocía de antes, pero simpaticé con usted apenas vi su retrato en el *Picayune*. Yo me dije: «Esa es una chica de la que me podría enamorar».

—No sabía que mi foto había salido en el *Picayune*. El señor Roberts debe haber andado muy escaso de material.